

de Culhuacan; y andada otra media legua pasó por otros dos poblezuolos, que están cerca el uno del otro, llamados Santa María y Santiago, de los mismos indios y Arzobispado, visita de Cuytlauac. Anduvo luego otra legua, la media por tierra firme y la otra media por una calzada hecha á mano en la laguna, en que se pasan tres ó cuatro acequias por otras tantas puentes de madera, y llegó á decir misa temprano al mismo pueblo de Cuytlauac, en el cual hay un buen convento de dominicos, donde le dieron de comer y le hicieron mucha caridad. Está aquel pueblo fundado en medio de la laguna, y solia ser grande, pero entónces tenia poca vecindad; el convento está bien edificado de cal y canto, y moraban en él dos religiosos.

El mismo miércoles en la tarde cinco de Agosto salió el padre Comisario de aquel pueblo, y enviado el hato por la laguna en una canoa, fué él por tierra, la vía de Ayotzingo, por una calzada de un cuarto de legua, y en ella cuatro puentes de madera, por debajo de las cuales pasan las canoas que van y vienen á México; llegado á la tierra firme atravesó por un poblecito llamado Santiago, visita de Xuchimilco, y finalmente, andadas dos leguas largas, en que le visitó el Señor con un aguacero, llegó al dicho pueblo de Ayotzingo, de los mismos indios y Arzobispado, puesto sobre la misma laguna; aposentóse en el convento de San Agustin, que allí está fundado, donde le dieron de cenar y se le hizo mucha fiesta y regalo y caridad.

Jueves de madrugada, seis de Agosto, salió el padre Comisario de Ayotzingo, y andadas dos leguas de buen camino, por algunas cuestas arriba entre llanos, y pasado dos veces un arroyo con que muele un molino allí

junto al camino, llegó muy de mañana á decir misa á un bonito pueblo, llamado Tenango ó Tepupula, de los mismos indios y Arzobispado, donde hay un convento de Santo Domingo; allí le dieron de comer y descansó hasta la tarde, y se le hizo mucha caridad. En aquel convento y en el de Ayotzingo y Cuytlauac, aunque más se excusó el padre Comisario, le dieron la cabecera de la mesa como si fuera su prelado, confusion por cierto muy grande de sus súbditos.

Aquel mismo dia en la tarde partió el padre Comisario de aquel lugar, acompañándole un fraile que vino al efecto del convento de Tlalmanalco, y andada legua y media de buen camino y llano, en que se pasa un arroyo, llegó antes que anocheciese á un pueblo pequeño llamado Ayapango, de los mismos indios y Obispado, visita de Tlalmanalco; habia hechos algunos arcos para su recibimiento, y saliéronle los indios á recibir con música de trompetas, llenos de alegría y contento; diéronle de cenar y hiciéronle mucha caridad, y acudieron á verle los principales de Tlalmanalco, los cuales, con grandísimo sentimiento, lloraban de ver lo que pasa entre los frailes y se decia dellos. Son tan devotos los indios de aquel pueblo de nuestros frailes, que con no estar más de legua y media de Tenango, adonde están en lo temporal sujetos, no ha habido remedio que los hagan ir allá á misa, ni que quieran ser visitados de los dominicos de aquel pueblo ni de los de Amecameca, que no están de allí sino media legua, sino que van á Tlalmanalco con estar más léjos, y antes se venderán para el pleito y se dejáran hacer tajadas, que ser visitados de los frailes de otra orden, tal es la devocion y amor que á los nuestros tienen.

Media legua deste pueblo de Ayapango, camino de la Puebla, está un buen pueblo de indios mexicanos de aquel arzobispado, llamado Amecameca, en que entonces había un convento de dominicos; fué aquel pueblo antiguamente visita de nuestro convento de Tlamanalco, y desde aquel convento solia ir á visitarle el santo fraile Martin de Valencia, uno de los doce primeros frailes que fueron á la Nueva España, y el primer custodio y prelado dellos y de aquella tierra, varón apostólico, de gran espíritu, oracion y meditacion, y de caridad muy encendida para con Dios y para con los prójimos; solia este siervo de Dios recogerse á orar y meditar en una cueva que está en un cerro, casi de forma piramidal, al un lado del mismo pueblo de Amecameca, cuarenta ó cincuenta estados de lo llano, donde están las casas formadas de naturaleza en la viva peña, de quince piés de ancho y algo más de largo y ménos de alto á manera de ermita. En esta cueva se guardan el dia de hoy, por los religiosos dominicos, algunas reliquias de aquel santo fraile, que son un celicio de cerdas, una túnica grosera y áspera, y dos casullas de lienzo de la tierra, con que el siervo de Dios decia misa; tiene hecho á un lado de la cueva un altar en que se dice misa, y al otro lado está una gran caja tumbada, que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto, devotísimo, que yace en ella tendido y á los piés del Cristo se guardan, en una cajuela con una redcilla de hierro, la túnica y cilicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera, y las casullas están á otro lado, sueltas para mostrarse; aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave, con que se cierra, hay de continuo indios por guardas en otra cuevezuela allí cerca; tañen á sus horas una campana que

tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viernes sube á celebrar un sacerdote en aquella cueva ó ermita, en memoria de la pasion del Señor, y es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, especial en aquel dia, y no ménos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real muy cursado. Cuando se han de mostrar las reliquias sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, además de una lámpara de plata que se cuelga de la peña en mitad de la ermita, y cantando los cantores algun mote lamentable en canto de órgano, llega el vicario, vestido de sobrepelliz y estola, abre la caja, y hecha oracion al Cristo le inciensa y despues inciensa las reliquias y muéstralas á los circunstantes, todo con tanta devocion, que es para alabar al Señor en sus santos. Murió aquel bendito santo el año de treinta y cuatro, fué enterrado en el convento de Tlamanalco, donde estuvo su cuerpo entero por espacio de mas de treinta años, y desde el año de sesenta y siete á esta parte no ha parecido ni se sabe dónde está ni quién lo hurtó; guardaron los indios de Amecameca las reliquias sobredichas con grandísima devocion, pero muy en secreto, por espacio de cincuenta años, muy encubiertas, traspasándolas de mano en mano, sin dar parte dellas ni aun á los mismos frailes de San Francisco, que los tenian entonces á cargo, ni á los de Santo Domingo, que despues entraron en aquel pueblo; hasta que el año de ochenta y cuatro las descubrieron al vicario que allí tenian, el cual por ser muy devoto del santo fray Martin, las colocó y puso en la capilla ó cueva sobredicha donde se veneran, como dichos es. Esto parece que basta haber dicho en este lugar cer-

ca del santo fray Martin de Valencia, y de aquella cueva donde él tan amenudo se encerraba y recogia á la oracion y meditacion y otros ejercicios santos, porque querer escribir su vida y santidad, su humildad, pobreza, abstinencia, mortificacion, desprecio de sí mismo, sus persecuciones, sus revelaciones y finalmente su modo de vivir tan de santo y siervo de Dios, fuera usurpar oficio ageno y hacerlo muy fuera de propósito: basta lo dicho, siquiera porque no se diga que pasando por Amecameca no se hizo memoria de una cosa tan notable; pero razon será volver á Ayapango donde quedó el padre Comisario.

Viernes siete de Agosto salió de aquel pueblo, una hora antes que amaneciese, y caminando por un atajo, y andada media legua pasó por las últimas casas del pueblo sobredicho de Amecameca, y andada otra legua por el mismo atajo, llegó ya de día al parage de una venta de los religiosos de Santo Domingo que residen en el pueblo sobredicho, luego entró en el camino real, el cual hasta allí es llano, y desde allí comienza á subir el puerto arriba, el cual tiene dos leguas de subida de camino muy empinado, en que se pasan tres ó cuatro barranquillas por otras tantas puentes de madera: llegado el padre Comisario á lo alto del puerto sintió mucho frio, porque vino un agua nieve y niebla que helaba. Pasa el camino por entre la sierra nevada y el volcan, pero más cerca de la nieve que del fuego; la bajada deste puerto tiene otras dos leguas, pero son de mejor camino y menos dificultoso, andúvolas el padre Comisario con mucho sol, y pasó en ellas muchos árboles de capulies, que son las cerezas de la tierra. que estaban junto al mismo camino llenos de fruta y muy vistosos y agradables y co-

gian dellos todos los caminantes toda la fruta que querian, porque para todos es: finalmente, llegó muy cansado, casi al medio día, á un bonito pueblo llamado los Ranchos de Arriba, y por otro nombre Santiago, de indios mexicanos, del Obispado de Tlaxcalla, de la guardianía de Calpa, cuatro leguas de la venta de Amecameca. Allí en aquel pueblo tiene una venta un español muy devoto de nuestra orden, el cual hizo caridad al padre Comisario y suplió la falta que hicieron los indios, por no estar avisados y por estar absentes los principales; detúvose allí todo aquel día y la noche, en la cual llovió tanto que no pensó poder caminar otro día, pero por ser tierra arenisca presto se puso bueno el camino.

Sábado ocho de Agosto salió el padre Comisario de aquel lugar, muy de mañana, y andada media legua, y pasados en ella dos arroyuelos, llegó antes del día á otro poblecito de los mismos indios Obispado, y guardianía, llamado los Ranchos de Abajo, y por otro nombre San Nicolás; pasó de largo, y pasada una barranquilla, y en ella un arroyo, y andada legua y media, pasó ya de día por junto á un pueblo llamado San Buenaventura, de los mismos indios, guardianía y Obispado; andadas despues otras dos leguas, en que se pasa otro arroyo por una pontezuela de madera, llegó á la cibdad de Cholula; salióle á recibir una gran media legua el guardian, con otro fraile viejo, y llevole por un lado de la cibdad, por un barrio della llamado San Andrés. Pasó por la puerta del convento nuestro que allí hay, donde estaba el guardian y otro fraile aguardándole; detúvose á hablar con ellos un rato, pero no entró en el convento por poder llegar á la Puebla ántes que entrase mucho el sol, y tambien por cumplir la palabra que habia dado al Virey.

Prosiguió su viage, y volvió al camino real, donde halló á otro fraile viejo que le estaba aguardando, hablóle y consolóle, y habiéndole despedido y con él los otros dos de Cholula, pasó adelante, y andadas aquellas dos leguas en que se pasan dos arroyos y un rio por las tres puentes de piedra que llaman de Cholula, llegó á las diez del dia á decir misa á la cibdad de la Puebla de los Angeles, al convento de los frailes descalzos de nuestra orden llamado Santa Bárbara, donde fué muy bien recibido y se detuvo hasta los veinticuatro de Diciembre, que le sacaron por mandado del Virey con la fuerza y violencia que adelante se dirá.

Aquella casita de Santa Bárbara era nuevamente fundada entónces, está puesta á un lado y cerca de la cibdad, á la banda del Norte, en muy buen sitio; corre por junto á las paredes, á la banda del Oriente, un buen arroyo que viene de hácia el Norte, y por la del Poniente pasa otro pequeño de mala agua y hediondo, de la cual se mete en el convento toda la que es menester para regar la huerta y para cualquiera otra cosa, como no sea para beber. Este arroyo entra en el otro á la puerta del mismo convento, en el cual entra encañada una fuente de muy buena agua, la cual se toma de la fuente grande que va á la cibdad, y va á parar á la sacristía: la huerta del convento es buena y grande, tiene muchos membrillos, manzanos, duraznos, higueras y algunos nogales, y dánse en ella maravillosos cardos y otras muchas hortalizas: dánse muchas y muy buenas flores y yerbas de Castilla, y entre ellas se dá cáñamo y gualda traída de España, buena para tinta. Méenos de un tiro de piedra de la porteria, hay un tejat, y otro pegado á las paredes de la huerta, y como un tiro de arcabuz mu-

chas y muy grandes caleras, y méenos de un tiro de ballesta una casa grande, y en ella un molino de dos aceñas, y aun puede haber un batan; moraban en aquella casita cuatro frailes, no halló en ella el padre Comisario más de dos ó tres celdas en que poder habitar, y con su trabajo, solicitud y diligencia, en poco tiempo se hicieron y aderezaron doce entre todas, en que pudieron estar los moradores y los huéspedes que acudian. En el tiempo que allí se detuvo el padre Comisario, hasta que le prendieron, sucedieron muchas cosas tocantes á aquellos pleitos y negocios, de las cuales se pondrán aquí algunas, las que hacen más al propósito.

*De algunas cosas que sucedieron á los frailes inobedientes y otras que hizo el Virey, y otras que se trataban en la Nueva España, cerca destos negocios y pleitos.*

Luego como se entendió en el convento de San Francisco de la Puebla, de los observantes, que el padre Comisario iba á aquella cibdad, hizo el guardian algunas prevenciones para defender la casa, como fué poner un portero más y mucha guarda y vigilancia, pensando que por fuerza de armas habia de entrar, como si fuera algun castillo ó fortaleza de enemigos; pero viendo que no trataba desto sino que se estaba quieto con los frailes descalzos y con sus compañeros y otros frailes, que le seguian y le venian á ver de otros muchos conventos, cesó la guarda por algunos dias, hasta que despues la tornó á poner como adelante se dirá.

Luego como el padre Comisario llegó á la Puebla, fué á ver aquel mesmo día al Obispo de Tlaxcalla, persona muy principal, muy docto y devoto, el cual despues pagó esta visita visitando algunas veces al padre Comisario; lo mesmo hicieron los religiosos de las órdenes y otras muchas personas, así eclesiásticas como seglares, porque toda aquella cibdad á una mano tenia el mesmo amor y voluntad á las cosas de el padre Comisario que los de México, y no habia ninguno á quien no pareciese mal lo que el provincial y sus frailes hacian y el favor y ayuda que el Virey les daba; y aun llegó á tanto esto, que las otras órdenes, si no era cual y cual fraile, y la gente principal y no principal tomaban estos negocios como suyos propios. Decia una persona grave que si aquellas cosas, que pasaban en aquella provincia del Santo Evangelio, pasaran entre los religiosos de cualquiera otra orden ya los seculares los hubieran apedreado, y que la devocion tan entrañable que todos tenian á nuestro hábito y estado, por los méritos de nuestro Padre San Francisco, los detenia para que no lo hiciesen, aunque vian cuan mal lo hacian los frailes con su prelado, y cuan mal olor daban en aquello de sí; consideracion por cierto muy buena y piadosa. No hay para que poner aquí lo que decian los labradores, las pobrecitas mugeres, los mestizos, negros y mulatos, y aun los mesmos indios, que mejor es llorarlo y sentirlo que contarlo; solamente se pondrá una carta que un fraile viejo, docto y muy principal, de la orden de San Agustin, escribió en este tiempo á uno de los frailes rebeldes, su amigo, la cual es del tenor siguiente:

«*Pax tibi a Domino.*—El amor que tengo á vuestra reverencia, muy grande, me ha compelido á que escriba

esta tan breve quanto compendiosa. Padre mio, por reverencia de nosotros, que sin más réplica ni dilacion, y pospuestos todos los humanos y transitorios intereses, se dé la obediencia al padre Comisario, mire vuestra reverencia que se ofende mucho Nuestro Señor, y la tierra está escandalizada: aquesto es lo que profesamos, obedecer á nuestros superiores hasta la muerte, y ningun color que contradiga á esta obligacion basta para satisfacer á Dios, y á sus ángeles, y finalmente á los hombres mortales que nos están mirando. Visto he las censuras y mandatos del reverendísimo General, y en Dios y en mi conciencia que yo no hallo que no estén descomulgados, y en pecado mortal y en estado de condenacion, todos los que han contradicho y sido rebeldes á tan justos y legítimos mandatos, y no sé que teología es la que puede sustentar una inobediencia tan rara y tan porfiada, sino el dar de cabeza y tirar coces contra el aguijon, del cual, siendo herido, lastima y llaga, y quanto más, más, que es de llorar; y si vuestra reverencia ha sido desta opinion tan peligrosa y condenada por Jesucristo, nuestro sumo bien y Señor, que vino del cielo á enseñarnos á obedecer hasta la muerte de cruz, le suplico la deje y se sujete á su mayor, como tenemos obligacion los religiosos, y especial los de esa orden tan ilustre y santa, y no triunfe más el adversario y se glorie de la caida de los siervos de Dios, diciendo *prevalui adversus eos*; y mire vuestra reverencia que todo se remedia con esto. Plega á la Divina Magestad vea yo esta concordia y paz, sin la cual todo lo demás es infierno y confusion, etc.»

Hizo esta carta tan poca impresion y mella, como si no se escribiera. Perseveró el fraile en su inobediencia.

cia, y por ser viejo y una de las cabezas deste bando llevóse tras sí mucha gente simple, pero dentro de un año, durante esta rebelion, le sacó Dios desta vida; aunque se echó fama que á la hora de su muerte declaró ante un escribano que tenia por su prelado al padre fray Alonso Ponce.

Por este mesmo tiempo el provincial y sus difinidores hicieron guardian del convento de Quauhtitlan al lector de Tezcuco, que, dos años antes, como queda dicho, revolvió aquel convento y amotinó los frailes; no queriendo él ni ellos récebir á fray Alonso Urbano, su guardian, que ellos mesmos habian elegido, no obstante que el padre Comisario le habia tenido preso en la cárcel, en forma, y que no le habia restituido los autos legitimos, lo cual era necesario para poder ser electo en guardian; y yendo un fraile de allí, de la Puebla, demasadamente apasionado por la provincia y contra el padre Comisario, á morar á Quauhtitlan con el nuevo guardian, que era su íntimo amigo, se ahogó una tarde en un arroyuelo que está entre Veyotlipan y Capulalpa, de la otra parte de las caleras, hácia México, sin poderle remediar; llevóle el agua casi media legua, donde le hallaron lleno de golpes y descalabraduras, hechos pedazos los hábitos, y tan desfigurado que no le conocian, hasta que hecha inquisicion se supo ser el referido. Fué caso este espantoso, porque aquel arroyo nunca jamás lleva agua ni gota, sino es cuando llueve mucho; muchas veces le habia pasado el padre Comisario á pié enjuto.

Por este mesmo tiempo vino nueva de la Habana, que causó no menor admiracion y espanto, y fué que fray Alonso de San Juan y su compañero, que habian partido para España el Febrero pasado por mandado del

provincial, con muchos papeles y recados, y mucho dinero, contra el padre Comisario, se habian perdido y hundido en la mar, como ya queda dicho. Publicóse esta nueva por toda la tierra, pero el provincial y sus secuaces pretendieron deshacerla, publicando que era falsa, y no envió por la provincia el provincial á mandar que se dijese misas por ellos, porque no desmayasen los demás; mas con todo esto algunos las decian, teniendo por cierto que eran muertos, como ello fué.

Estando el padre Comisario quieto y pacífico en aquel convento de los descalzos de la Puebla, ayudádoles á hacer su casita, como queda dicho, ibanle á visitar muchos frailes de la provincia, aunque secretamente por no caer en desgracia del provincial cuya ira temian por el favor que el Virey le hacia; otros le escrebian pidiendo remedio para sus necesidades, y consuelo para sus aflicciones, y porque el Obispo de Tlaxcalla no queria ordenar ningun fraile con las licencias del provincial, al cual tenia por suspenso y descomulgado, porque habia visto todos los recados del padre Comisario, y sabia lo que habia pasado con el provincial sobredicho, por esta causa algunos frailes pidieron al padre Comisario que diese licencia para que unos coristas se ordenasen, y él por consolarlos se la dió á los que vió ser hábiles y suficientes: dos destas licencias cogieron los que favorecian la causa del provincial, y las llevaron al Virey, quejándosele que se entrometia en las cosas de la provincia, y añadiendo con esto lo que quisieron. Indignóse el Virey y escribió una carta al alcalde mayor de la Puebla, y en ella un capítulo, en que le decia que dijese al padre Comisario que cumpliera lo que se le habia ordenado y saliese de la provincia, sin aguardar á que

se procediese contra él con más rigor; y que de palabra le persuadiese lo mismo despues de haberle mostrado aquel capitulo; hizolo así el alcalde mayor á los diez de Septiembre, y el padre Comisario respondió de palabra, y despues por escrito: como él no habia ido contra cosa ninguna de las que habia ofrecido por la carta que envió á la Audiencia, para el Virey, desde el convento de Santa María Churubusco, porque no habia entrado en convento ninguno de la provincia, ni usado de su oficio en el foro contencioso con ningun fraile della, y que si él habia dado aquellas licencias para ordenarse los frailes era causa de disgustarse el Virey, que no daría otras: con esto, y con que tambien escribió á los oidores lo que pasaba, pareció que quedaba el Virey satisfecho, pero, como le importunaban tanto el provincial y sus aliados, á los veintinueve del mismo mes escribió otra carta al mismo alcalde mayor, en que decia lo mismo que en la otra y á los once de Octubre otra del mismo tenor, y á todas respondió el padre Comisario con buen término y mucho comedimiento, dando razon de sí y satisfaciendo al Marqués.

*De una patente que el provincial envió por toda la provincia, y como fué él mismo á la Puebla y á qué, y de cierta carta que recibió de España el padre Comisario general.*

Pocos dias despues que el padre Comisario llegó á la Puebla de los Angeles, despachó el provincial un fraile por toda la provincia con una patente, y con la supplicacion, que él y los difinidores habian presentado en la

Audiencia, del auto que se habia pronunciado en favor de la justicia del padre Comisario, pidiendo y persuadiendo á los frailes que la firmasen; fué este recado casi á todos los conventos de la provincia, y el que le llevaba iba publicando que el padre Comisario se habia huido de México, muy afrentado, porque sus recados no valian nada, y que no se sabia adonde habia ido, ni donde estaba. Engañados los frailes con las falsas relaciones de la patente y supplicacion, y con las marañas y embustes del que la llevaba, firmaron los más dellos la misma supplicacion ó apelacion, pero, segun afirmaron al padre Comisario, no iban con ella las firmas sino en blanco por sí, que tal era la simplicidad de los unos y la malicia de los otros; quiso el provincial, con esta diligencia tan extraordinaria, hacer á muchos participantes y cómplices de su desconcierto, y á voz de comunidad y provincia pasar adelante con su rebelion, y así solia decir que no habian de castigar á toda una provincia: cuenta por cierto no muy acertada, pues aunque no se castigase toda la provincia, á lo ménos las cabezas de aquella rebelion claro estaba que habian de ser castigados, y él era la mayor dellas y en cuya mano estaba que cesasen tantos escándalos, sugetándose como estaba obligado á su prelado y mayor,

Casi por este mismo tiempo salió el provincial de México y llegó al convento de Chulula, y de allí pasó al de la Puebla, con intento (segun se dijo) de humillarse y echarse á los piés del padre Comisario, con lo cual ganara mucho con Dios y con los hombres, pero malos consejeros le apartaron de tan buen propósito; fué, persuadido destes, á ver al Obispo de Tlaxcalla, pretendiendo desculpase y darle satisfacion y mostrar que no te-